

MONCADA REGRESA A NICARAGUA DE EL SALVADOR POR LA PUERTE DE SU PADRE

Art. 1

Cuando Moncada estaba exiliado en El Salvador, leyó en el diario El Comercio de Managua una crónica que registraba un día la muerte de Don Nemesio Moncada, padre del emigrado político, José María, del mismo apellido. De sorpresa caía aquella tristísima noticia, la cual el hijo leyó atolondrado y lloroso. Recorría las líneas, vacilaba, releía. La verdad, brusca y cortante, con la fuerza de ultratumba.

Sin pensar lo que hacía, resuelto a embarcar para Corinto en el primer vapor que encontrara, pasó al telégrafo el mismo desterrado y de la siguiente manera se dirigió a uno de sus parientes:

“No sé por qué no me dieron aviso de la gravedad de mi padre y de su muerte. Acaso creen que yo tengo miedo al tirano de Nicaragua”.

Reuniendo sus pequeñas cosas, recomendando a Salvador Calderón Ramírez un trabajo inédito, que además de Lo Porvenir, Moncada había escrito, embarcó el día siguiente, en el puerto de La Libertad con destino a Corinto.

A bordo ya, a la hora del almuerzo, encontró a Manuel Coronel Matus, pasajero en la misma embarcación. Volvía de un corto descanso, de Guatemala, después de la ruptura de la República Mayor de Centro América, de cuya dieta era miembro. Se reconocieron y saludaron. Moncada muy parco en la palabra: Coronel Matus, locuaz y cariñoso. Allí supo este la causa del regreso, la muerte de Don Nemesio.

Moncada daba muestras de temor. “Caeré prisionero, decía, al desembarcar en Corinto, pero de todas maneras, iré a visitar la tumba de mi padre.

No lo creas, contestó Matus. Zelaya no es el tirano que ustedes pintan. Usted no será mal recibido.

En la mañana del arribo a Corinto, Coronel Matus bajo a tierra en la lancha del Comandante del puerto, un Señor Coronel Isidro Ramírez, quien ofreció asiento también a Moncada.

“Si usted tiene la bondad, repuso el emigrado, le ruego rendirla enseguida, pues no he arreglado mi equipaje. Un amigo sudamericano, que allí iba, felicitó a Moncada por la

suerte del recibimiento. No, me dijo éste con desconfianza. Eso significa la cárcel, pero de todas maneras a desembarcar en Corinto he venido.

Media hora después buscaba alojamiento en el Hotel Lupone, llevaba consigo el manuscrito de Lo Porvenir, no había arreglado su valija, cuando un oficial entró a decirle que de orden superior pasare a la comandancia.

Así fue, el Señor Ramírez se disculpó diciendo que la orden de prisión había llegado después del envío de la lancha al vapor.

No tenga usted cuidado, contestó Moncada. Antes o después, la cárcel es igual, significa la misma cosa, la pérdida de mi libertad personal. "Coronel Matus se condujo perezoso al saber de mi encarcelamiento, llegó a visitarme en compañía del Dr. Leopoldo Ramírez Mairena, agrega Moncada, y a ofrecerme su influencia con el Señor Presidente Zelaya. Inmediatamente pasó al teléfono y habló con éste.

Vuelve y me dice: "Ha dicho el Señor Presidente que Ud. de San Salvador ha enviado un telegrama, en el cual le trata ud. de tirano. Yo le he contestado afirmando que eso es obra de algún encubierto enemigo de ud. o de amigo deseoso de que ud. sea castigado, para que no retroceda en su lucha contra el Gral. Zelaya. Le he dicho que no es posible esa locura en ud. de preparar la cárcel antes de salir de San Salvador. Que el telegrama es apócrifo".

"Yo agradezco por todo extremo su generoso empeño, pero el telegrama es auténtico y ha sido escrito por mi puño y letra".

Dando unos pasos atrás, perplejo y pensativo, mi ilustre amigo, agregó.:

"- Y por qué no ha querido aprovechar esa excusa plausible, Señor Moncada?. El Presidente ha dicho que en Managua hablaremos y que allá le dará libertad a Ud.-

"- Porque no sé mentir, Señor Matus. Perdóneme Ud. Mi vida ha sido esa, y mi carácter, y así ha de ser!!!!

Art. 2

Escuchaban el Comandante y el Dr. Ramirez Mairena.

Al día siguiente, a Managua, al llegar a la ciudad, el Director de Policía ordenó que me condujeran a la Penitenciaría diciendo:

"Lleven a este pajarito".

Era un Señor Rostrán. Llovía un poco, el prisionero, por la plazuela de la Penitenciaría, quiso huir, lo intenta, pero con mala suerte resbala y se cae. El policía le dio con la clava en la espalda.

Y luego, en la estrecha y oscura celda llamada el No. 7.-

Por la mañana del siguiente día, Moncada supo que también se hallaban prisioneros, Don Emiliano Chamorro, Don Adolfo Díaz y otros, quienes de Costa Rica llegaron en una balandra a incorporarse a cierto movimiento revolucionario.

Hubo saludes, conversaciones furtivas.

Moncada recibió la visita de su pequeña hija, no pudo contenerse. Cólera y todo vino a su alma, prorrumpiendo en amargos reproches contra la tiranía.

Cinco días después, la reja se abrió.

Está Ud. libre, murmuró el Jefe de la Penitenciaría.

Salió a la calle Moncada, todavía atónito. Allí le esperaba su esposa en un coche.

- Quien ha conseguido mi libertad?, preguntó el ex prisionero.

- Manuel Coronel Matus.

- Pues vamos a visitarle.

- Y fuimos. "He referido todo al Presidente dijo, su confesión, la causa de su regreso. Al concluir, el General, sin hablar palabra, llamó por teléfono a la prisión, diciendo con voz reposada:

- Ponga Ud. En libertad a Moncada.

"Me ha dicho que vaya Ud. conmigo a visitarlo".

- Está bien. Es un ruego, que no carece de nobleza, también le gusta la verdad.

Corta la visita. Después del saludo, Zelaya dijo:

"Su esposa ha querido conseguir para Ud. un fiador, entre los conservadores. Ninguno

quiso servirle. Yo he sido el fiador de Ud. porque Ud. es de nosotros, desde los principios de la revolución. Abandone el ataque. Vuelva a nosotros. Escoja un puesto en el gobierno”.

- “Señor Presidente: Me trae a Nicaragua un motivo muy triste. Espere que me pase el margo de la cárcel para pensar en su proposición”.

- “Ud. es muy orgulloso Señor Moncada”, repuso el Presidente, con cierto tono de contrariedad.

“Y marché a Masatepe a cumplir con mi deber, a regar flores en la tumba de mis padres. Años hacía que mi madre dormía - también en la eternidad’.